

RESEÑAS

Teoría y praxis desde *Walden*. Henry David THOREAU, *Walden*, Madrid: Editorial Alma, 2021, 392 pp.

Este escrito es el producto literario del experimento filosófico que, a mediados del s. XIX, llevó a cabo Thoreau. Con él, este autor llevó a un grado extremo la relación existente entre la teoría y la praxis. Y es que su *Walden*, a pesar de su negativa a dictar unas reglas y su cariz casi antiintelectualista, se ha llegado a convertir en un manual para la vida. Constituye un canto epicúreo a la felicidad.

Para llevar a cabo este libro, Thoreau se embarcó en un proyecto de dos años de vida sencilla. Se enfrascó en una vivencia que todos, en algún momento, hemos deseado o planteado mentalmente, sin llegar a encontrar el valor para plasmarla en la realidad. Y es que, dentro del boato de esta sociedad en la que estamos diseminados, ¿quién no ha pensado alguna vez en dejarlo todo e irse a vivir a las montañas, para llevar una existencia de autoabastecimiento y buscar la felicidad retirado del mundanal ruido y las prisas? ¿No sería ese el verdadero fin de la filosofía, resolver problemas de la vida no solo en la teoría, sino llevarlos a la práctica?

Con tales credenciales, buscó la felicidad a través de la *ἀταραξία*, y la dicha detrás de los hechos sencillos y simples. Todo su plan se gestó alrededor del huerto, donde cultivó una hectárea de papas, judías, trigo y maíz. Este casi que constituyó la piedra fundacional desde donde erigir su proyecto, experimento que comenzó el 4 de julio¹ de 1845, momento en que se mudó

a una pequeña cabaña –con unas dimensiones de 3×4,5 metros– construida con sus propias manos. Esta se localizaba dentro de una finca forestal de 57 000 m², propiedad de su gran amigo y mentor Ralph Waldo Emerson.

Esta cabaña de pino, enclavada en un bosque alrededor de las orillas de la laguna Walden, llevó al nivel más profundo la concepción de los espacios arquitectónicos ideados para el pensamiento. En ella, y con ese espejo cristalino de fondo, Thoreau emprendió un viaje que lo transformaría esencialmente. Al mismo tiempo que contemplaba el lago, este lograba devolverle la mirada. Hacía de ojo de la tierra, donde el espectador, sumergiendo el suyo, exploraba las profundidades de su propia naturaleza. Y de eso trata este relato único de la literatura universal, de la intensa relación entre el lugar y la persona.

Con este proyecto de vida solitaria, al aire libre, cultivando sus alimentos y escribiendo sus vivencias, Thoreau se marcó varios objetivos. Por un lado, demostrar que la vida en la naturaleza es la verdadera vida del hombre libre que ansía liberarse de las esclavitudes de la sociedad industrial. Por otro, que la comprensión de los recursos de la naturaleza, sus reglas y recompensas, son un camino que el hombre no debe olvidar.

Sin embargo, el libro no narra todo el tiempo que pasó en la laguna, sino que, en realidad, comprime todo su relato en un único año del calendario. Para ello empleó el paso de las cuatro estaciones, que a su vez simbolizan el desarrollo humano que se estaba gestando en él. Con tal motivo, culmina su crónica en la primavera, alegoría del renacer tras un glacial invierno,

¹ Que Thoreau haya elegido el día que conmemora la legalización de la Declaración *de Independencia de los*

Estados Unidos es todo un testimonio de los principios subyacentes en este experimento personal y filosófico.





en el que muchos de los habitantes de la laguna se sumían en un profundo sueño o se trasladaban a latitudes más acogedoras. El lago quedaba entonces sumergido en el más lánguido silencio. En cambio, cuando llegó la primavera, Walden y los otros estanques se derriten con estruendos y ruidos. Thoreau quedó extasiado al presenciar el renacimiento de la naturaleza. Miraba cómo los gansos reanudaban su vuelo hacia el norte y un halcón jugaba solo en el cielo. Tal como la naturaleza parecía renacer, el narrador hacía lo propio. Se afirmaba así el ciclo del eterno retorno de lo mismo, concepto explícitamente decretado en la sentencia final del último capítulo. «De este modo acabó mi primer año de vida en los bosques y el segundo año fue parecido»².

El autor se sirve de 18 capítulos para relatar todas sus vivencias desde distintos tipos de prismas, que alternan la narrativa autobiográfica, reflexiones de corte ensayístico, poemas, e incluso descripciones naturalistas profundamente detalladas, que van desde la explicación de los hábitos de las perdices hasta la exposición de una fascinante batalla entre hormigas rojas y negras. Una narración que es digna de la coalición de los ejércitos aqueos que se dejan la piel por conquistar las murallas de la ciudad de Troya.

La presente edición de esta obra, realizada por la editorial Alma, está trabajada hasta el más mínimo y nimio detalle. Esta ha sido efectuada desde el prisma de la pasión por los libros, cuidando con delicadeza y finura todo tipo de elemento destinado a su presentación. Es un volumen precioso y original con el que deleitar la mirada, no solo por su contenido, los magníficos y suntuosos relatos de Thoreau, sino también por su continente. Todo ha sido realizado con mimo y detenimiento: el generoso tamaño de la fuente, la elección del papel, que contiene un color natural que no amarillea con el paso del tiempo, las cuidadas ilustraciones, marca de la casa de la editorial, realizadas por Adolfo Serra de una manera sobria y sencilla. Estas, delinea-

das en tonos grises a los que sirve de contraste unas pinceladas en azul, le dan ese halo mágico y místico que contiene este volumen de la literatura romántica estadounidense.

Quizás el aspecto más pobre de esta edición sea la breve presentación biográfica con que se abre. Unas escasas tres páginas que, en contenido, no van más allá de datos superficiales sobre la vida del autor, la gestación de su proyecto y la influencia que ha tenido este en el imaginario mundial. Un análisis que por su concisión se queda en la superficialidad de esta figura filosófica que fue Thoreau.

Acto seguido, y tras un rótulo negro sobre azul que reza «Walden», comienza el viaje a través de los recuerdos y memoria del autor. Este se inicia con el capítulo más amplio de la obra, «Economía». Setenta y tres páginas en las que el escritor presenta su proyecto, y explica los motivos de por qué decidió irse a vivir al lago. Lo hizo, dice, para ilustrar los beneficios espirituales de una forma de vida simplificada y natural, alejada de aquella que nos reduce a meras máquinas. Además, realiza esta tarea de un modo metódico. No hay que olvidar que estaba efectuando un experimento, de ahí que registre cuidadosamente todos sus gastos e ingresos a la hora de construir su casa y comprar y cultivar sus alimentos. Todo ello para ilustrar la posibilidad práctica de ese modelo de vida austero y de régimen espartano que había ideado, basado únicamente en la adquisición de cuatro necesidades—comida, refugio, ropa y combustible—, y en el olvido del lujo y de las comodidades, pues es lo que no permite que trascendamos ni mejoramos. Es lo que nos disipa, y nos convierte en herramientas de nuestras propias herramientas. Aquello que fue realizado para mejorar nuestra vida es lo que, en realidad, no permite que esta llegue a enriquecerse. Para él, estos no solo son innecesarios, sino que se convierten en un impedimento para la elevación de la humanidad.

En el siguiente capítulo, titulado «Dónde vivía y para qué», describe la ubicación de su cabaña, un lugar que en realidad no es excesivamente remoto ni demasiado cercano al mundo de los hombres. Por lo tanto, se retiró a un lugar intermedio, al mismo tiempo amurallado y suficientemente amplio como para tener un margen

² THOREAU, H.D.: *Walden*. Madrid: Editorial Alma, 2021, p. 370.

protector, pero sin estar separado de la naturaleza por una barrera. Es, por tanto, un desplazamiento que no lo aísla –de hecho, son muchos los momentos en los que habla de visitas que le hacen o él mismo realiza, charlas con sus conciudadanos, con pescadores que observa trabajar, cazadores, senderistas que se acercan por el camino, etcétera³–, pero que sí es suficiente para sacarlo de la rutina social en la que sufre de falta de libertad y de ausencia de ἀντάρκεια. Entonces, lo que él lleva a cabo no es una fuga o una vida de ermitaño. No es Zaratustra subiendo a la montaña, sino ese gallo que, encaramado a su estaca de madera, se jacta de la potencia de sus pulmones con el único fin de despertar a los vecinos.

Sin embargo, paradójicamente y a pesar de tal ausencia de una profunda huida de la sociedad, Thoreau se reafirmó sobre la inutilidad de una búsqueda constante del contacto con el resto de la humanidad. Con tal fin, le levantó una oda a la soledad en otro de sus capítulos («Soledad»), donde discute los efectos positivos de una vida solitaria cercana a la naturaleza, y en el que llega a afirmar que «Nunca he encontrado compañía tan sociable como la soledad»⁴, explicando que jamás estará solo mientras esté cerca de la naturaleza.

Hay que remitirse a su cita más famosa y laureada para intentar vislumbrar el objetivo final de ese experimento que proyectó: «Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme solo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando

tuviera que morir, que no había vivido»⁵. Aquel bucólico paraje de los bosques de Nueva Inglaterra le invitaba cada mañana a que su vida tuviera esa misma sencillez e inocencia. Ello le llevó a analizar la existencia hasta los elementos más profundos y radicales, con la finalidad de eliminar de ella todo aquello que no le pertenecía. Simplificarla hasta su raíz más esencial, para borrar toda esa rapidez que la sociedad le había inyectado en su naturaleza, logrando únicamente su desgaste.

En definitiva, *Walden* es una obra de una sensibilidad y sinceridad increíble. Un libro que, a pesar de haber sido escrito y publicado a mediados del siglo XIX, sigue manteniendo una actualidad brutalmente vigente. Una contemporaneidad que, en realidad y tristemente, se prodiga como perenne, como esos pinos de los oscuros y tupidos bosques de Massachusetts. Muchos de los motivos aducidos por Thoreau siguen siendo válidos hoy día, siguen reduciendo nuestra vida y experiencia al terrible traqueteo del movimiento de una rueda dentada. De ahí que también sigan siendo útiles todas esas infinitas lecciones inherentes a este volumen. No necesitas ropa nueva y de marca. Haz tu propio pan. Ten una casa austera, pues tú eres el que tiene que mejorar. Edúcate al aire libre, y lleva todo aprendizaje a tu propia vivencia. Viaja sin prisa. No gastes dinero en cosas que cuestan más de lo que valen. Simplifica tu vida. Lee a los clásicos. Aprende a disfrutar del silencio, de los sonidos del bosque, de las tormentas resguardado en tu hogar y de la soledad. Ama a los animales y aprende de ellos. Busca la sabiduría y abre nuevos caminos para el pensamiento.

Walden es uno de esos libros que, si tú le dejas, puede llegar a remover tu mente. Como mínimo, es una oportunidad para sentarse en el camino, descansar las piernas, coger aire y pensar quiénes somos, qué necesitamos y hacia dónde vamos. Su propio estilo de escritura es una alabanza hacia ese reposo y la tranquilidad, no solo por los paisajes descritos, llenos de imágenes y sonidos que liberan la imaginación

³ Esta cuestión es tan importante para el autor que le llega a reservar un capítulo entero («Visitas»). En él, nos cuenta sobre las personas que lo visitaban en su cabaña. Entre ese gran número de visitantes se encuentran casos reseñables como el del joven leñador, a quien Thoreau idealiza debido a su simpleza, tranquilidad y buen humor, o el del esclavo fugitivo a quien ayudó a seguir la estrella polar. Todos eran hombres de la más variopinta naturaleza, y a todos ellos estaban destinadas esas mismas sillas que completaban su exiguo mobiliario.

⁴ *Ibid.*, p. 153.

⁵ *Ibid.*, p. 102.



del lector –toques de campanas en la lejanía, el canto del chotacabras, el ulular de los búhos, el croar de las ranas–, sino también por su carácter pausado y casi estático. Todos esos relatos son como caminos de bosques. Senderos desprovistos de un fin aparente que van cartografiando el semblante de Walden.

Pero como todo experimento y todo libro, *Walden* también tiene su final. El 6 de septiembre de 1847, y tras dos años, dos meses y dos días, Thoreau salió de la laguna transformado. Tuvo que llegar a independizarse del mundo

para encontrar el sentido de su vida, y fue tan drástica esa transformación que para culminar su asimilación tuvieron que pasar varios años, los que le costó plasmar de forma definitiva todas esas vivencias en un manuscrito. No fue hasta 1854 que su obra vio la luz de esa estrella de la mañana que es el Sol.

Saturnino EXPÓSITO REYES

Universidad de La Laguna

E-mail: saturexposito@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.laguna.2022.51.06>

